

La plaza como práctica citacional

Josefina Saldaña

Parte uno

Una tarea que tenemos pendiente en este momento histórico, como herederas del marxismo y del posestructuralismo, es la de interpretar el presente, de teorizar al sujeto político que está surgiendo en las *tomas de plaza* alrededor del mundo. Es la tarea de pensar en todos los posibles futuros a los que apunta esta *toma de plazas*, porque impulsa una nueva posibilidad revolucionaria. Hay que aplicar, como lo define Antonio Negri en *Marx Beyond Marx*, la metodología que permita identificar la tendencia revolucionaria expresada en la *toma de plaza* y convertirla en realidad, en práctica. Parece sencillo, pero, como nos asegura Negri, no tiene nada de fácil impulsar una metodología que no sólo busca analizar la realidad, sino influirla, cambiarla. Para Negri, la metodología de Marx no es simple interpretación teórica, sino un hecho.

Es evidente que las miles y miles de personas que toman las plazas no se pueden reducir a un solo modelo de subjetividad política, pero nuestra tarea intelectual es pensar cómo estos sujetos políticos podrían formar una tendencia, una red horizontal; pensar cómo pueden unirse en un movimiento trascendente. Por supuesto, los sujetos de estas plazas no comparten una tarea universal al modelo marxista-leninista —como el triunfo del proletariado, por ejemplo— al interior de este espacio, mucho menos a nivel mundial. Pero sí han demostrado la capacidad de actuar en conjunto, de encadenarse, de desplegarse por muchas partes del mundo, alrededor de lo que Judith Butler, en *Precarious Life*, ha llamado la vulnerabilidad que todo ser humano comparte con el otro, aquella expresada en nuestra capacidad de duelo y de éxtasis. Estos movimientos que hemos visto en los últimos dos años en respuesta a la crisis financiera mundial están basados en el reconocimiento de una vulnerabilidad común —no igual, y esto es importantísimo reconocerlo, pero común— frente a un capitalismo

rampante. Nuestra tarea interpretativa es urgente, porque no hemos visto un proyecto político capaz de quebrar la frontera principal entre el *global North* y el *global South* desde los años 60 y 70, cuando los movimientos por la expansión de los derechos civiles y antiguerra en el *global North* coincidieron con las luchas anticoloniales del *global South*.

Cuando se toma la plaza, es como un espacio político donde se crean los nuevos sujetos políticos que enfrentan esta profunda crisis del capitalismo, la cual está teniendo desastrosas consecuencias en la vida cotidiana no sólo en el tercer mundo, sino también en la de las clases medias del primero. Estas *tomas de plaza* varían mucho de una nación a otra en cuanto a tácticas, al igual que en cuanto a propósitos —en Egipto es terminar una dictadura; en Grecia es rechazar el pago de la deuda bajo medidas de austeridad—. En sus tácticas, generalmente de *no-violencia*, se diferencian de la gran mayoría de los movimientos revolucionarios del siglo XX, y en particular de los movimientos armados en Sudamérica y Centroamérica que definieron la guerra fría para América Latina. Se podría decir que, en su mayoría, estas tomas de plaza son reformistas, porque buscan reformar el capitalismo; no proponen derrocarlo. Y se podría criticar a estos movimientos —con justa razón, además— de ser, en su reformismo, *too little, too late*.

Además, desde una perspectiva tercermundista, se podría criticar a los jóvenes de las plazas de París, Atenas, Madrid, Lisboa y Nueva York por protestar contra el capitalismo. Aunque han sido beneficiados desde hace tantos siglos, ahora ellos reclaman por las medidas de austeridad que se han impuesto en el sur durante los últimos 20 años. Se podría decir que la austeridad al fin alcanza a estos jóvenes primermundistas, pues pone en riesgo sus futuros privilegios y desgasta a esta generación. Aquellos cuyo único futuro ha sido migrar, arriesgar la vida y cruzar las fronteras de los países *desarrollados* de Europa y América, son ahora quienes ocupan las plazas públicas en representación del movimiento social Occupy Wall Street (OWS). Recientemente han surgido opiniones en contra de OWS, al ser percibido como una agresión directa que no está inmunizada contra la inseguridad. Ahora bien, es evidente que las tomas de plaza del Medio Oriente no caen bajo esta crítica.

Lo anterior sería legítimo si quisiéramos perder una oportunidad única de utilizar esta vulnerabilidad generalizada que es palpable y distintiva de sur a norte. Porque, siguiendo los pasos de Butler, cuando la vulnerabilidad de cada ser humano se reconoce, las condiciones en este sentido necesariamente tienen que cambiar.

En *Precarious Life*, Butler se refiere en particular al reconocimiento de vulnerabilidad frente a la ley liberal. Cuando se obliga a la ley, a través de movimientos sociales o revoluciones, al reconocimiento de los mismos, por lo general el Estado responde de manera vertical; los cambios que debieran generarse desde la ley o la estructura política para aliviar la vulnerabilidad se circunscriben al terreno económico. Pero con ello también podemos pensar en qué pasa cuando un ser humano reconoce —horizontalmente— la vulnerabilidad del otro; eso también tiene la fuerza de cambiar las condiciones de *vulnerabilidad* desde abajo. Entonces, ¿qué significa tomar en serio estos movimientos como actos de sujetos políticos que están abiertos a aceptar su *vulnerabilidad común*? y ¿cuál es la fuerza detrás de ella para poder incluso cambiarla?

Antes de contestar estas preguntas, e incluso para poder hacerlo, voy a cambiar de registro por el momento: de la vulnerabilidad de Butler a la cita de Derrida. En su texto "Signature, Event, Context", Derrida explica que toda comunicación, sea oral, escrita o de gesto, es *citacional*; es decir, que cada señal de comunicación puede atravesar su contexto y también puede ser citada en uno diferente. Esta es la característica del lenguaje —escrito o hablado— que hace posible la comunicación. Es la propiedad inherente a cualquier signo, y es justamente la *citacionalidad* del signo la que permite la comunicación; la sistematización de dicho proceso consiste en que cualquier signo puede ser trasladado de un contexto a otro:

Every sign, linguistic or nonlinguistic, spoken or written (in the current sense of this opposition), in a small or large unit, can be *cited*, put between quotation marks; in so doing it can break with every given context, engendering an infinity of new contexts in a manner which is absolutely illimitable. This does not imply that the mark is valid outside a context, but on the contrary that there are only contexts without any center or absolute anchoring [*ancrage*]. This citationality, this duplication or duplicity, this iterability of the mark is neither an accident nor an anomaly, it is that (normal/abnormal) without which a mark could not even have a function called "normal." What would a mark be that could not be cited or one whose origin would get lost along the way? (Derrida 1988: 12).

Lo maravilloso de la palabra *citación* es que, tanto en español como en el francés original de Derrida, tiene un sentido que no tiene en inglés. En español, como en el francés, *citación* o la acción de citar tiene un doble, y hasta triple, sentido. En primer lugar, como explica Derrida en este ensayo, la *citación* puede ser entendida como la reproducción de palabras, orales o escritas, que se han dicho o escrito en otros contextos. Es lo que yo misma hago en este momento: cito a Derrida en su discurso filosófico sobre la

comunicación para entender un momento histórico sumamente político. Sin embargo, también tiene el sentido de convocar a una persona —o a una muchedumbre— a una reunión, como sucedió en Egipto y Túnez cuando se citaron en las plazas para exigir democracia y justicia económica.

El tercer sentido tiene que ver con que la palabra *citación* evoca un llamamiento, un llanto: yo te llamo, te llamo con un llanto, un llanto de dolor, de desesperación, un llanto del ser deshecho por la realidad represiva del orden capitalista, como el llamado del joven desempleado Mohamed Bouazizi, quien el 19 de diciembre de 2010 se prende fuego en protesta porque la policía le confiscó su carrito de vegetales, argumentando que no tenía permiso para vender. El acto de emulación de Bouazizi es un llanto, una convocatoria desesperada, una cita lanzada al universo, hasta cierto punto sin puntería, pero escuchada por sus compatriotas como una cita a tomar las plazas, las calles, los parques, las ciudades, en protesta por su vulnerabilidad compartida frente un Estado autocrático e incapaz.

Es diferente ser autoritario, que serlo sin crear trabajo ni posibilidades para el empleo. Cuando un hombre *sin nombre* se prende fuego el 17 de enero en El Cairo, sin duda está citando directamente a este joven Bouazizi, y a la vez cita a sus compatriotas para derrocar a Mubarak, como en Túnez tumbaron a Al-Bindini Ben Ali. Los cita para tomar la plaza de Tahrir.

Entonces, cuando la joven desempleada que se acaba de graduar de la universidad con una deuda de cien mil dólares cita a otros estudiantes a llegar a tomar Zuccatti Park en la ciudad de Nueva York el 17 de septiembre, también está citando a los otros movimientos para la democracia en Egipto y Túnez. El movimiento OWS explícitamente cita a estos dos movimientos que están en contra de las situaciones económicas de sus países, los cuales también, más espectacularmente, son movimientos por la democracia, en contra de las dictaduras de *cara bonita*. Es por este modo de unir lo económico con la democracia que, si bien es cierto que la *toma de plazas* es reformista, no se queda en la mera reforma. Las demandas corren contra la lógica del capital, pues si se cumplieran aquellas en contra de la globalización del mercado y a favor de una distribución más equitativa de los recursos y por la democracia participativa, el sistema capitalista cambiaría de modo fundamental.

Regresando a lo *citacional* de estas *tomas*, los jóvenes de OWS citan a Egipto y Túnez explícitamente, pero también están citando, quizá a propósito o quizá no, al movimiento estudiantil de Chile, a aquellos jóvenes que tomaron la plaza universitaria en contra de la privatización de la educación

superior. Aunque lo contemplen o no, *con los estudiantes chilenos*, los de OWS insisten en que el derecho a la educación debe ser público, para todos, y no privado y exclusivo de los que (supuestamente) pueden pagar.

Igual que en Chile, OWS pasa de ser un movimiento con un propósito limitado al derecho a la educación, a uno de tipo nacional, mucho más amplio, en contra de la privatización y de la democracia al servicio del capital. El OWS empieza con unos estudiantes desempleados y con una gran deuda, pero se despliega por todo el país, agregando a diferentes tipos de personas en las 800 plazas tomadas.

Regresando a Derrida por un momento y su teoría de la citacionalidad del signo, lo que él enfatiza es que, cuando se hace un gesto o se escribe o emite oralmente una palabra, no importa si la persona que gesticula o que habla se da cuenta de que está citando otros contextos. *Los está citando*, si no, no podría comunicarse; o sea, esos otros contextos pasados viven en el gesto actual. Cuando la joven de Zuccatti Park hace el gesto de *tomar la plaza* está citando a todas estas tomas de plaza del pasado. Ella, con su gesto, está citando toda *toma de plazas anterior*, al igual que aquellas por venir. OWS, en vez de ser *excepcional*, como varios medios en los Estados Unidos insisten, o de ser ejemplo mundial, es más bien una cita llena de historia, de historia común. OWS necesariamente cita a las madres de la Plaza de Mayo, en Argentina, quienes tomaron la plaza con su duelo y su llanto de justicia para los hijos que nunca tuvieron futuro. Más bien, regresando a Butler, estas madres se dieron cita en la plaza con su pena, con su duelo: su *duelo cita* y se hace saber como duelo común, como vulnerabilidad común, como pena compartida que insiste en no ser convertida en una pena privada, individualizada, porque, bajo dictaduras, en cualquier momento la pena de muerte se extiende. La amenaza de la dictadura depende de la propia vulnerabilidad: eso es la fuente de su terror, pero también puede ser la de una resistencia por la vida y la justicia no imparcial, no ciega, sino parcial y con la vista del pueblo.

OWS también está citando al exitoso movimiento estudiantil de la UNAM, que toma la plaza universitaria en 1999 para prevenir la privatización de la educación, como sucede con el modelo chileno o en EE.UU. Para Latinoamérica, la toma de la plaza, del parque, de la universidad, del zócalo, del espacio público, es una práctica política muy arraigada. En esta región, el espacio público es también político, lo cual no es para nada igual en EE.UU, donde el espacio público es más bien un lugar para disciplinar a la gente, para hacerte propiamente *gente decente*. En fin, la toma

del espacio público en Latinoamérica ha tenido grandes éxitos, como las madres, como los estudiantes de la UNAM, igual que ha tenido retrocesos sangrantes como Tlatelolco. Pero es esta misma tradición política latinoamericana de tomar las plazas la que estas tomas mundiales contemporáneas están citando, de manera explícita o sin ser conscientes de ello. Es la trayectoria política latinoamericana de tomar la plaza a favor de la democracia la que llena las plazas de su significación histórica y política, la que ha canalizado esta nueva etapa de citas para tomar la plaza. Bueno, y ¿qué importa si estas marchas contemporáneas citan a Latinoamérica? No es cuestión de vanidad. Creo más bien que en la respuesta de esta pregunta nos queda la tarea de lo pendiente en América Latina. Nos queda pendiente la tarea de retomar las plazas, pero esta vez las de los narcos. A esta tarea pendiente regresaré en la segunda parte de este ensayo. Antes de retomar la cita pendiente con las plazas de los narcos, quiero señalar otra cita muy importante que hace esta toma de plazas por la democracia, y esa es la cita al movimiento zapatista. No quiero decir que lo citan de una manera romántica o fetichista, alabándolo como ejemplo. Más bien citan su *práctica política*, y no específicamente a su movimiento.

Aunque el zapatista empieza como un movimiento contra la injusticia económica y, en particular, contra el Tratado de Libre Comercio y el modelo de globalización capitalista que representa, rápidamente se convierte en un movimiento por la democracia. Al ocurrir esto, ellos insisten en que su particularidad indígena tiene que informar cualquier cambio nacional hacia esta democracia. La nueva democracia nacional mexicana, insisten, tendrá que incluir su filosofía indianista política, económica y cultural. No piden que sus modelos sean los *únicos*, ni insisten en que todo México tenga que vivir bajo ellos. Pero tampoco piden excluirse de la nación; al contrario, insisten en ser parte de ella y en ser tomados en cuenta. Insisten también en la coexistencia de sus modelos de democracia con la democracia liberal. ¿Qué implica? Principalmente refundar la nación, pero también la modernidad desde la particularidad, en vez de ser desde lo universal. Sin embargo, en lo práctico, en lo cotidiano, en lo revolucionario, ¿qué implica? Es un movimiento denominado posmoderno, porque el zapatismo, *con Marx*, insiste en que las diferencias sí cuentan en el capitalismo para ser explotadas. Las diferencias raciales, de género, de sexualidad, nunca son privatizadas, como idealmente debe ocurrir bajo el liberalismo. La diferencia nunca desaparece bajo la seña de igualdad, como se supone que debe ser bajo el modelo de emancipación política liberal. Más bien, los

zapatistas insisten que si la diferencia siempre cuenta en contra de uno en el mercado libre capitalista, pues entonces también debe contar a nuestro favor por la democracia. Por eso se generaliza, porque es un movimiento por los derechos de los diferentes, y resulta que un cachimbo de gente ha sido *reducido* a su diferencia.

Los zapatistas se lanzan en contra del libre comercio y del desastre que bien saben que va significar para los indígenas campesinos de México. Después de todo, para 1994, ya llevaban dos sexenios sufriendo los efectos de la desregulación y eliminación de subsidios agrícolas. Pero los zapatistas tienen éxito como movimiento político en México porque convencen a los otros mexicanos de que si ellos sufren como indios frente a este capital rapiño, los mexicanos también están sufriendo como indios frente a la misma dinámica. Todos somos vulnerables; esta fue la consigna tras de aquella de que *todos somos indios*. El neoliberalismo convirtió a todo el país en indios pobres y sin futuro. Ahora esa misma consigna de que *todos somos indios* (algo desechable, considerado anacronismo folclórico) se ha convertido en la de todas las tomas de plaza en el mundo, porque todos somos vulnerables frente el capitalismo sin barrera, sin regulación, sin piedad.

Lo que citan estas tomas de plaza contemporáneas y mundiales es esa primera cita que los zapatistas hicieron el 1° de enero de 1994 en contra del neoliberalismo, de la democracia al servicio del capital. Al igual que citan —sin citarse— la consigna de que *todos somos indios*, citan también las prácticas de la democracia zapatista: el consenso y la autonomía. Estas nuevas tomas de plaza ponen en práctica la autonomía y el consenso en contra del neoliberalismo, y, cuando se escriba la historia del éxito de estos movimientos, empezará con el movimiento zapatista, no como origen, sino como un contexto *citacional* que insistió en la diferencia, la vulnerabilidad y la democracia real.

Esta vulnerabilidad de la subjetividad política nueva, o más bien este sujeto político nuevo que se basa en la vulnerabilidad, es necesariamente feminista. De forma histórica, fenomenológica, epistemológica y simbólica, la construcción del sujeto femenino está basada en la vulnerabilidad: como seña, la mujer cita vulnerabilidad, cita a las mujeres para ser siempre vulnerables ante la posibilidad de ser penetradas, violadas, abiertas, desechadas, disponibles, desechables. Claro que todo ser humano lo es de todas estas maneras, pero la seña de la mujer nace bajo esta cita de vulnerabilidad. Somos citadas para ser vulnerables desde el nacimiento, y es por eso que en teorizar y practicar está una nueva forma de hacer política desde este estado;

es la seña de mujer la que nos puede apuntar hacia el futuro, pues son ellas quienes saben vivir bajo la seña de la vulnerabilidad sin ser debilitadas por la misma. La nueva sujeta política que se organiza en la plaza es feminista sin ser necesariamente una mujer, porque una feminista sabe ser vulnerable sin doblegarse bajo esa vulnerabilidad. Es rara la vez que un sujeto primermundista privilegiado, de clase media, blanco, como lo son muchos pero no todos los participantes en OWS, llegue a sentirse vulnerable, y hay que utilizar esta sensación como puente hacia el resto del mundo, hacia esa mayoría que vive en la precariedad, en su vulnerabilidad con valor. Tan sólo el hecho de reconocerse como vulnerables y no reaccionar de inmediato con violencia contra el otro —en el caso de estos jóvenes estadounidenses— es un gran avance, y la tarea es cómo utilizar este hecho para cambiar de forma permanente la situación de vida para todo el mundo y no sólo para ellos.

Parte dos

La toma de plazas cita una tradición rica de América Latina y, a su vez, también es cita de uno al otro a tomar las plazas desde nuestra vulnerabilidad. Yo te llamo a ti a tomar la plaza, porque me identifico contigo desde mi vulnerabilidad frente a un catastrófico neoliberalismo y a la incapacidad de los gobiernos de representar de forma auténtica a sus pueblos frente a los modelos económicos autocráticos y oligarcas. Sin embargo, hay que pensar otra manera de *tomar la plaza* que significa un gran retroceso. Como los cárteles de narcotraficantes también nombran a sus territorios *plazas*, también participan en una citatoria a la plaza. Proclaman: "esta es nuestra plaza; vengán a defenderla de esas bandas que no pertenecen aquí". Es una lógica citacional que va en contra de la lógica inclusiva de las concentraciones masivas de gente en las tomas mundiales, porque la del narco es una cita fatal y sumamente exclusiva: "Esta es *mi* plaza, no la tuya. Si te veo por aquí, te mato".

Cuando discutíamos en una clase por qué los narcos usan esa palabra de *plaza* para nombrar sus territorios, un estudiante de primera generación en EE.UU. (nacido en Sinaloa) dijo que era porque en su pueblito de origen, como en todos los del país, todo el mundo se conoce e igualmente reconoce al foráneo cuando llega a la plaza. En la plaza, de inmediato saben quién no pertenece al pueblo, y los narcos usan ese mismo término para sus territorios porque también identifican al instante al foráneo en ellos. La plaza —en este doble sentido de mundo pequeño y de territorio amplio— significa lo local y, paradójicamente, en el caso de los narcos, lo provincial.

Esta cita de la plaza como territorio, como lugar exclusivo y vigilado, completamente bajo el control de una autoridad déspota y violenta, es el retroceso más palpable relacionado con el neoliberalismo de los últimos 20 años, y no sólo para México. Así como se van desparramando por toda América las mafias de narcotraficantes con su negocio, este sentido de duplicidad de la plaza también se desparrama por todo el continente. Digo un sentido de duplicidad porque, si bien es cierto que la gente en las plazas de los pueblos siempre reconoce a su gente, igual es cierto que históricamente estos son lugares de encuentro de lo local con lo local, pero también de lo local con lo foráneo. Sólo hay que pensar en los encuentros de media noche apasionados entre locales y extranjeros en estas mismas plazas, atrás de los arboles, debajo del gazebo, sobre los bancos, para confirmarlo.

El reto para América Latina es cómo retomar las plazas de los cárteles, los territorios que cada día se ponen más y más peligrosos para la ciudadanía, de la cual los niños y niñas del narco también forman parte. Es de suma importancia pensar cómo retomarlas para la ciudadanía, y que contemplemos a los narcos, ya que, bien o mal, forman parte de ella. Si no lo tenemos presente, recaeremos en la vieja y equivocada tradición mexicana de condenar a los paisanos norteros por ser *los bárbaros del norte*, y a los narcos por ser *indios bárbaros* contemporáneos que no pertenecen a la nación y de la cual se tienen que purgar, como se hizo con los apaches y los comanches en el siglo XIX. Para retomar las plazas del narcotráfico, primero hay que analizar el mercado de la droga a la manera de Marx en *Grundrisse*. Debemos de pensar la producción, el consumo y la distribución de la droga de manera dinámica y desde el punto de vista de la valorización del producto. ¿De dónde viene el *valor* de la droga?

El zapatista fue el primer movimiento armado que explícitamente estaba en contra del TLC y del neoliberalismo en América Latina. Ellos predijeron con su movimiento que el campesino mexicano era incapaz de competir en el mercado libre de granos básicos contra el producto agroindustrial de EE.UU. Por desgracia, estuvieron en lo correcto en su análisis. Durante los 17 años que lleva el TLC, 1.4 millones de campesinos han sido desplazados de sus trabajos agropecuarios. Además, hemos visto la migración de por lo menos ocho millones de mexicanos a EE.UU. En la actualidad, 96.2% de las municipalidades de México tiene migrantes en el norte. Es por esto que en las granjas de Long Island, Nueva York, hay comunidades enteras de indígenas chiapanecos trabajando, en algunos casos, como peones encasillados. Pero el campesino no ha sido el único

afectado. Un número creciente de la población urbana y educada también está migrando a EE.UU. En 1994, 31% de los migrantes mexicanos en EE.UU. habían terminado la prepa; para 2003, ese número había subido a 37.8%, incremento que implica que la mano de obra entrenada también está en busca de salida. El economista mexicano Raúl Delgado Wise explica que esto es consecuencia de la desindustrialización de México causada por el régimen de libre comercio. Esta es una contradicción muy profunda.

Es innegable que el TLC ha generado empleo: más de medio millón de trabajos en la industria maquiladora. También las exportaciones de México se han incrementado mucho. En 2004, el valor del intercambio comercial entre EE.UU. y México era casi el triple que en 1993. Y las exportaciones de las maquilas incrementaron a la par, o sea que ahora se exporta tres veces más de lo que se exportaba antes del TLC. Pero, como explica Delgado Wise, si bien es cierto que México está exportando hoy día más *value added goods*, esto no significa que la industria mexicana se esté intensificando o incrementando. Al contrario, la importación de bienes domésticos desde EE.UU. y Canadá ha tenido un impacto desastroso en la industria de productos mexicanos. Cerca de 25% de estas industrias nacionales ha tenido que cerrar sus puertas porque simplemente no puede competir contra los bienes importados. Es obvio que cuando estas industrias cierran también afectan a los *supply chains*: esos multiplicadores vínculos con los productores domésticos, quienes hacían los *inputs* que se consumían en sus fábricas, y esos distribuidores que se encargaban de pasar los productos al consumidor local.

Las industrias maquiladoras son sumamente parasíticas. Toda la tecnología la traen desde fuera: casi cada elemento que usan para armar sus productos viene del extranjero. Y por eso no se crea ni sabiduría tecnológica, ni industrias domésticas vinculadas con la producción para exportación. En México, se está regresando otra vez a los *días oscuros de la teoría económica de dependencia*. Si bien es cierto que los trabajos en las maquilas pagan mucho más que el salario básico por día en México, también es verdad que pagan menos de lo que paga la industria doméstica. Y por ser fábricas protegidas por las reglas del TLC, los trabajadores en las maquilas tienen menos derechos laborales que cualquier otro trabajador mexicano. Para Delgado Wise, el TLC —y en particular la industria *maquiladora*— implica un sistema dirigido por completo a producir mano de obra mexicana cada vez más barata. Es una manera de exportarla sin exportar al trabajador. La frontera se convierte en una gran reserva empobrecida de mano de obra barata para el país vecino.

¿Qué tiene que ver esto con el mercado de la droga? Los mexicanos conocen muy bien estos efectos del TLC, pero tal vez lo que no saben es cómo depende el mercado de la droga del mismo. En 1992, dos años antes de que se firmara el TLC con EE.UU. y Canadá, México firma un tratado de libre comercio con Colombia. Nos tenemos que preguntar qué produce Colombia que México no. A principios de la década de los 90, el Drug Enforcement Agency (DEA) de EE.UU. logró cerrar el Caribe y Miami al tráfico de cocaína de Colombia a ese país, lo que causó que los cárteles colombianos tuvieran que buscar nuevas rutas para su producto. Para ellos, el TLC entre los países de Norteamérica es una bonanza. Estos toman la decisión histórica de compartir con los cárteles mexicanos el negocio de distribución, lo cual implica que, en vez de ser el pasillo estrecho para el flujo de drogas que era el Caribe, la frontera México-EE.UU. completa se convierte en un pasillo para el flujo de cocaína.

El hecho de tener que compartir la distribución de su producto con México de manera *superfocaultiana* causa que se multipliquen no sólo las agencias en EE.UU. y México que deben *combatir* esta distribución, sino que obviamente se multiplican también los elementos necesarios para traficar la droga. Es una *perfect storm* creada por la misma política nortea: el TLC incrementa la pérdida de trabajo, la migración a la frontera norte (para buscar trabajo en maquilas o para cruzar) y los trabajos en la industria de distribución de drogas. Es por esta proliferación de distribución —y de agentes para *combatirla*— que hoy en día fluye más ayuda militar de EE.UU. a América Latina que en cualquier momento durante la guerra fría. Ahora, bajo el pretexto de combatir la droga, EE.UU. manda más ayuda militar a los países latinoamericanos de la que mandaba para *combatir* el comunismo, y, como es bien sabido, en esa época se gastaron miles de millones de dólares en ayuda militar. Sin embargo, hoy día esta ayuda para combatir la droga se manda por parte de un sinnúmero de nuevas agencias estadounidenses, cada una con el propósito de entrenar a sus contrapartes latinoamericanas para erradicar la producción e intervenir en la distribución de estupefacientes. Hay otra diferencia muy importante entre la ayuda de esta época y la de la guerra fría. En los 70 y 80, el congreso estadounidense puso muchas restricciones sobre la ayuda militar. Supuestamente esta se cortaba si se comprobaba que se usaba en casos de abuso de los derechos políticos o humanos. Ahora, como se supone que la guerra contra la droga es *value neutral*, todos los congresistas están de acuerdo en que no hay necesidad de tales restricciones.

El TLC entre México y Colombia permite que se disfrace de mil maneras la importación de cocaína a México para su distribución a EE.UU., igual que el TLC con los países de Norteamérica permite que fluyan con mayor facilidad la marihuana y heroína producidas en México y la cocaína producida en Colombia por la frontera norte, porque se mezcla sin esfuerzo entre el enorme incremento de exportaciones. Sólo 2% de la mercancía que circula hacia EE.UU. desde México se revisa; o sea, 98% nunca se inspecciona. Lo que se pierde en esas pocas inspecciones es insignificante para los cárteles. Obviamente, también es mucho más sencillo esconder la entrada de dinero en medio del enorme incremento de inversión extranjera que se facilitó con el TLC. Entre 1988 y 1993, entraba al país un promedio anual de 4.3 mil millones de dólares como inversión financiera extranjera. Con el TLC, esa cantidad se multiplica por tres, a un total de 13 mil millones de inversión financiera entre 1994 y 2002. Es muy fácil lavar dinero entre estas cantidades de inversión, como lo saben muy bien CITIBANK, Wachovia, Chase, etc. Cada año en México en el sistema bancario, sobran 10 mil millones de dólares que no se pueden justificar en términos de la producción interna bruta, la petrolera y de remesas de los migrantes. Lo más sorprendente de todo esto es que México logra pagar parte de su deuda extranjera con estos ingresos de la droga. Ahora regresaré a Marx y a la dinámica producción-distribución-consumo.

I. Producción

En cuanto a la producción de cocaína, Colombia funciona como cualquier país colonizador, porque, finalmente, no produce la hoja de coca, sino que eso le toca a Perú, Bolivia y Ecuador. Los cárteles colombianos importan la materia prima —la hoja de coca— y, como cualquier país primermundista explotador, paga un mínimo sobre este producto en comparación con la ganancia que saca de él. Un campesino de Perú, Bolivia o Ecuador vende por mil dólares cien kilogramos de hoja de coca, los cuales se usan para hacer un kilogramo de pasta de coca básica. Se necesitan tres kilos de esta pasta para hacer un kilo de cocaína procesada. Cuando ese kilo de cocaína llega a México, ya vale \$12 500 dólares. Para cuando se vende en EE.UU., ya vale \$100 000. Ese kilogramo de hojas de coca ha subido en valor más de 3 000% cuando llega al mercado estadounidense; es decir, la ganancia que le saca el campesino al negocio de cocaína es mínima, comparada con la de los distribuidores.

II. Consumo

En la mentalidad del gobierno y de la mitad de la población estadounidense, la droga es un gran peligro para la seguridad nacional y la vida de los sagrados jóvenes. Lo más importante es que las tres drogas tachadas como las más peligrosas son las que produce el *global south* y, en particular, Latinoamérica: cocaína, marihuana y heroína. Esto significa que, en la política del gobierno estadounidense, la mayor parte del dinero y esfuerzos se gastan en combatir la entrada de estas al país. Son la trinidad maldita, o así le dicen en inglés, *the unholy trinity*. Pero, en realidad, de esta *trinidad maldita* sólo una está entre las más usadas por la población joven estadounidense. Las cinco drogas más populares entre los jóvenes de 12 a 30 años son el éxtasis, los inhalantes, los fármacos como la oxicodona, las metanfetaminas y la marihuana. De estas, sólo la última se produce en América Latina, aunque también en enormes cantidades en Canadá y California. Por tanto, las drogas que más se consumen en EE.UU. son las producidas ahí mismo o en Europa (éxtasis). Esto significa que hay que quitar a la población estadounidense la idea de que Latinoamérica está contribuyendo a las adicciones en ese país. En el discurso popular, se asocia a la marihuana, cocaína y heroína con la criminalidad y la violencia, cuando, en realidad, también es errónea dicha asociación. Si bien es cierto que la droga se relaciona con el crimen, en realidad el alcohol es la causa de la gran mayoría de los crimines violentos que han cometido los convictos en Estados Unidos.

Aunque estos son los mitos que se manejan en el país del norte con respecto al uso de droga, hay otros importantes que se tienen en México y que también deben ser analizados de forma crítica. Por ejemplo, que todo el comercio de drogas es para el mercado de EE.UU., porque se supone que los jóvenes mexicanos no las consumen, dados los fuertes vínculos familiares que todavía existen. Uno de cada tres mexicanos ha usado drogas en los últimos dos años, así que se puede afirmar que no se están quedando atrás de los norteamericanos, y que el uso ya no se limita sólo a la marihuana, sino que el de otros tipos de drogas también se ha incrementado. Es evidente que, como cualquier buen capitalista, el narco necesita crear mercados para sus productos donde sea y no respeta las barreras, ni siquiera las de su propio país.

III. Distribución

En Estados Unidos, la distribución de la droga está organizada de manera horizontal, la mayoría en manos de pequeños núcleos. Sólo 35% de la distribución de drogas al cliente está controlada por las bandas organizadas y con vínculos directos a los cárteles; 65% restante está en manos de vecinos, estudiantes, madres, maestras, etc. Hay otro gran mito que apunta que el distribuidor vive de su trabajo. La gran mayoría tiene otros empleos. La distribución del narco más bien complementa sus salarios básicos en EE.UU., los cuales son insuficientes para mantener a sus familias. Como mucho, estos pequeños distribuidores llegan a tener 20 o 30 clientes, puesto que, por ser un trabajo peligroso e ilegal, tienen que basar sus relaciones en la confianza. Y, contrario al mito del *drug pusher*, tan popular en la mentalidad y en los medios estadounidenses, este distribuidor no busca ampliar su base de clientes precisamente porque es peligroso, sino que sólo busca complementar el ingreso obtenido por los trabajos legales.

Si bien es cierto que los cárteles en México son más verticales por la necesidad de cruzar una frontera muy vigilada, no lo son tanto como imaginamos. En México, han tenido que *democratizarse*, en gran parte por el éxito de la DEA para infiltrar los cárteles colombianos. Aún hoy, la organización de las plazas en México es más bien una asociación de grupos que se encargan de diferentes partes del negocio de una organización estrictamente jerárquica bajo un *capo*. Estas asociaciones de asociaciones también operan bajo un dictamen de confianza. Un caso famoso de la ruptura de esta confianza se dio cuando el Chapo Guzmán entregó a uno de los hermanos Arellano a la DEA, a cambio de la libertad de su hijo. En revancha, los Arellano mataron al otro hijo del Chapo. Es por esto que es tan violenta y cruel la guerra entre los narcos, porque es una guerra de familia, de compadres.

Dejando de lado la violencia, me gustaría subrayar los vínculos existentes entre el TLC y la economía de drogas que ha proliferado bajo su régimen. La gran reserva laboral que el TLC concentra en la frontera norte se está convirtiendo en distribución de drogas. Ahora sirve como una reserva laboral para cárteles como Los Zetas. Y, por qué no, si un trabajo en las maquiladoras paga en promedio 75 dólares por semana, mientras que se puede ganar hasta 300 por semana al convertirse en distribuidor de droga de bajo nivel. Como sabemos, cuando elementos de los cárteles te piden trabajar para ellos como distribuidor, negarte es jugarte la vida. Evidencia reciente de ello son los 72 inmigrantes centro y sudamericanos asesinados, quienes se negaron a aceptar los 400 dólares semanales que los narcos les

ofrecían. Sería difícil para un inmigrante ganar esa cantidad en Nueva York o Los Ángeles, pero ellos pagaron por sus conciencias con sus vidas. En todo caso, ganar entre 300 y 400 dólares semanales no cambia el hecho de que estos distribuidores son trabajadores doblemente explotados, primero por el TLC y después por la narcoeconomía. Al igual que el productor campesino de Bolivia, Ecuador o Perú, los y las jóvenes que se suman a traficar y distribuir drogas en la frontera son hiperexplotados, pero esta sigue siendo la única economía capaz de absorber su mano de obra bajo el paradigma del neoliberalismo.

Si queremos, por una parte, citar a todos los vulnerables a la toma de plazas, tenemos que encontrar una manera de incluir al narcotraficante en esa cita. Si deseamos poner fin a la violencia en las plazas de los narcos, debemos encontrar la manera de invitarlos a la plaza por la democracia y la justicia económica. Quiero proponer que la manera de hacer esto es empezar a pensarlos no como *víctimas* de un vicio ni del neoliberalismo, sino como los hiperexplotados productores, distribuidores y consumidores de drogas. Puede que carguen pistolas, violen a sus víctimas y las decapiten, pero también son vulnerables al desempleo, la explotación y la violencia que brota a la par del neoliberalismo ●

Bibliografía

- Andreas, Peter, 2000, *Border Games: Policing the U.S.-Mexico Divide*, Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- Andreas, Peter y Coletta Youngers, 1989, "U.S. Drug Policy and the Andean Cocaine Industry", *World Policy Journal* 6(3), verano, pp. 529-562.
- Brown, Timothy C., 1997, "The Fourth Member of NAFTA: The U.S.-Mexico Border", *Annals AAPSS*, vol. 550, marzo, pp. 105-121.
- Butler, Judith, 2004, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, Verso, Londres.
- Delgado Wise, Raúl y James M. Cypher, 2007, *Annals AAPSS*, vol. 610, marzo, pp. 120-142.
- Delgado Wise, Raúl y Mariana Ortega Breña, "Migration and Imperialism: The Mexican Workforce in the Context of NAFTA", *Latin American Perspectives*, 33(2), marzo, pp. 33-45.
- Dermota, Ken, 1999-2000, "Snow Business: Drugs and the Spirit of Capitalism", *World Policy Journal* 16(4), invierno, pp. 15-24.
- Derrida, Jacques, 1982, "Signature, Event, Context", *Limited Inc.*, Samuel Weber y Jeffrey Mehlman (trads.), Northwestern University Press, Evanston, Illinois.

- Fernández-Kelly, Patricia, 2007, "Introduction: NAFTA and Beyond: Alternative Perspectives in the Study of Global Trade and Development", *Annals of the American Academy of Political and Social Science (Annals AAPSS)*, vol. 610, marzo, pp. 6-19.
- Freeman, Laurie y Jorge Luis Sierra, 2005, "Mexico: The Militarization Trap", en Coletta A. Youngers y Eileen Rosin (eds.), *Drugs and Democracy in Latin America*, Lynne Rienner, Boulder y Londres.
- Gibler, John, 2011, *To Die in Mexico: Dispatches from inside the Drug War*, City Light Books, San Francisco.
- Gootenberg, Paul, "The 'Pre-Colombian' Era of Drug Trafficking in the Americas: Cocaine, 1945-1965", *The Americas* 64(2), octubre, pp. 133-176.
- Gootenberg, Paul, 2009, "Talking About the Flow: Drugs, Borders, and the Discourse of Drug Control", *Cultural Critique*, vol. 71, invierno, pp. 13-46.
- Isacson, Adam, 2005, "The U.S. Military in the War on Drugs", en Coletta A. Youngers y Eileen Rosin (eds.), *Drugs and Democracy in Latin America*, Lynne Rienner, Boulder y Londres.
- Mares, David R., 2006, *Drug Wars and Coffeehouses: The Political Economy of International Drug Trade*, CQ Press, Washington, D.C.
- Marx, Karl, 1973, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Harper-Collins Publishers, Nueva York.
- Negri, Antonio, 1991, *Marx Beyond Marx: Lessons on the Grundrisse*, Automedia, Inc., Brooklyn, Nueva York.
- Neilson, Brett y Mohammed Barmyeh, 2009, "Drugs in Motion: Toward a Materialist Tracking of Global Mobilities", *Cultural Critique*, vol. 71, invierno, pp. 1-12.
- Salas, Carlos, 2005, "The Decline of the Decent Job", *NACLA*, septiembre-octubre, pp. 23-25.
- Skonieczny, Amy, 2001, "Constructing NAFTA: Myth, Representation, and the Discursive Construction of U.S. Foreign Policy", *International Studies Quarterly* 45(3), septiembre, pp. 433-454.
- Toro, María Celia, 1995, *Mexico's "War" on Drugs: Causes and Consequences*. Lynne Rienner Publishers, Boulder y Londres.